

LA OFERTA

Mi nuevo cuerpo no está nada mal. Es cómodo, flexible y parece estar en forma. No he encontrado defectos superficiales relevantes, salvo el tatuaje que tiene en el omoplato izquierdo que, dicho sea de paso, es bastante feo. Aparentemente no tiene adicciones que debieran preocuparme, como el tabaco. Ayer Aimée estuvo fumando a mi lado y, lejos de atraerme, el olor me resultó molesto. Parece que es un cuerpo de deportista, más joven de lo que creía que podría comprar con los ahorros de los que disponía y, desde luego, mucho más atractivo.

—Me gusta tu nuevo cuerpo, Roy.

Aimée sonríe con coquetería y me guiña uno de sus ojos azules. No termino de acostumbrarme a ellos, pero reconozco que son bonitos. Me resulta raro mirarla y ver los ojos de otra persona pero, ¿quién soy yo para juzgarla? Cuando ella me mira a mí ve a una persona completamente distinta. Y eso sí que tiene que ser raro.

—Sigo sin creerme que te costara tan poco. ¿Estás seguro de que no tiene alguna enfermedad chungu? Mi tía Elisa compró uno hace un par de años y luego resultó tener esclerosis, ¿sabes lo dolorosa que es la esclerosis, Roy? Acabó por apagarse voluntariamente y ahora está almacenada en la Nube.

—Conozco la historia... pero no creo que sea eso. Su antiguo dueño tenía prisa por librarse de él, eso es todo.

—¿Por qué querer librarse de un cuerpo tan bueno, Roy? ¡Mira que músculos! Nadie con unos músculos así decide pasar de su cuerpo...

—Me dijo que quería descansar una temporada, quedarse en la Nube, dedicarse a cultivar su mente...

—¿Cultivar su mente? ¿Como si fuera un huerto?

—No sé, Aimée, ya sabes que hay gente así... la Nube no es tan mala, en realidad.

—La Nube es aburridísima. Roy.

—¿Cómo puedes estar tan segura de ello si nunca has estado?

—Me lo puedo imaginar. Todo el día ahí encerrado, sin nada que hacer salvo conectarse a una de esas simulaciones virtuales o leer... ¡menudo aburrimiento!

Aimée no tiene ni idea de lo que es realmente la Nube, de lo que significa estar en suspensión. Ella siempre ha tenido un cuerpo, uno que lleva años adaptando y que ya casi no se parece al que tenía al principio, pero un cuerpo a fin de cuentas. Yo, sin embargo, he pasado dos años en la Nube. Dos años enteros, hasta que conseguí reunir el dinero necesario para comprar un cuerpo. Uno normalito, no aspiraba a gran cosa... quizás un anciano, esos se venden baratos, la gente que lleva muchos años viva a veces prefiere subirse a la Nube y dejar de arrastrar esos cuerpos decréptos que se fatigan con facilidad y requieren un mantenimiento constante para seguir en funcionamiento. A mí podría haberme servido durante una temporada, para estar al lado de Aimée, que tanto odiaba visitarme en la Nube y, sobre todo, para poder ganar más dinero. En el mundo real siempre se gana más.

Y, de repente, encontré esta oferta. Un cuerpo joven, en buena forma, aparentemente sano... y a un precio increíblemente bajo. La acababan de publicar y yo sabía que algo así no duraría demasiado. Así que no me lo pensé ni un segundo y escribí al tipo que lo

vendía. Utilizaba una de esas plataformas de venta rápida, de las que incluyen la recogida y puesta a punto en el precio a cambio de una comisión. Me contestó de inmediato. Una charla breve, una transferencia y en menos de diez minutos mi conciencia estaba instalada y operativa en mi nuevo cuerpo.

—Voy a dar una vuelta, ¿te vienes?

—¿Ahora? Está a punto de empezar ese programa del que te hablé.

—Me voy solo entonces... pero no deberías ver esas tonterías, Aimée. De verdad, no creo que hay una conspiración internacional para apagar la Nube. ¡Eso sería prácticamente un genocidio!

No me termina de gustar el barrio en el que vivimos ahora. Aimée me ha explicado que tuvo que mudarse aquí porque nuestro antiguo casero volvió a subirle el alquiler, pero yo sospecho que sus nuevos ojos azules también han tenido algo que ver.

Es un barrio del extrarradio, viejo y sucio. Un barrio que ni siquiera aparece en la simulaciones de la Nube, por eso no he podido verlo hasta que he tenido un cuerpo. Cuando salí de la Central de Puesta a Punto de Cuerpos y pregunté por esta dirección, me dijeron que tendría que hacer tres transbordos para llegar hasta aquí.

No llevo mucho tiempo caminando cuando noto que alguien me está siguiendo. Es un tipo alto, que viste un abrigo negro y lleva una gorra de béisbol. Camina a unos tres o cuatro metros de distancia, pero le llevo viendo un buen rato y, la verdad, empiezo a mosquearme.

Me paro. No sé muy bien qué estoy haciendo, pero quiero ver la reacción de mi persecutor. No le conozco de nada, de eso estoy seguro... pero no conocer el rostro de alguien significa muy poco en estos tiempos. Podría ser cualquiera, podría ser ese exnovio de Aimée que aún quiere partirme la cara, con un nuevo cuerpo.

—¿Quién eres?

El tipo me mira desconcertado. No sé si le sorprende que no le reconozca o que me haya parado para plantarle cara. Sonríe de una manera espeluznante y entonces veo que saca algo brillante de su abrigo. Una pistola. Una maldita pistola.

—La muerte.

No sé cómo lo hago y no creo que sea yo quien lo hace. Es mi cuerpo. Mi nuevo cuerpo reacciona de una manera instintiva y logra esquivar la bala. Con el corazón a cien por hora, mi cerebro consigue emitir una orden de huida y mis nuevas piernas, sorprendentemente ágiles, echan a correr de inmediato.

El tipo me persigue sin dejar de apuntarme con la pistola.

No entiendo nada, ¿por qué iba a querer alguien matarme? Solo soy un tipo normal. Nunca he hecho daño a nadie, salvo a mí mismo. ¡Por el amor de Dios, mi antiguo cuerpo murió

de cáncer! ¿Cómo va a querer alguien disparar a un tipo gordo y aburrido que murió enfermo?

Y entonces lo entiendo. Es el cuerpo. Es al cuerpo al que quiere matar, no a mí. Por eso la oferta. Por eso las prisas. Este cuerpo está condenado a muerte. Y yo estoy atrapado en su interior.

—¡No soy quien crees! ¡No lo entiendes!

No sé si me escucha. Sigo huyendo. Salto una valla y entro en una especie de almacén abandonado. Odio este maldito barrio, está todo lleno de casas viejas y fábricas destrazadas. Ni siquiera hay drones vigilando las calles. Nadie va a venir a rescatarme, nadie va a impedir que el tipo de la pistola me mate.

Me escondo. No puedo morir, no así. Si mueres dentro de un cuerpo, tu mente muere con él. La subida a la Nube debe de producirse antes de la muerte física. Todos conocemos las normas. Todos sabemos cómo funciona. Este tipo no solo quiere matar a mi cuerpo, quiere matarme a mí, que estoy dentro... pero, ¿por qué?

Un robo, pienso. Un maldito robo. Eso lo explicaría todo. No es frecuente, pero pasa. Gente que despierta de repente en la Nube, sin saber dónde ni cómo ha perdido su cuerpo. Personas que se tiran años trazando planes para recuperarlo. Existe un mercado negro, Aimée siempre está hablando de eso. Lo vio en un programa de televisión en algún momento.

—Yo no he robado tu cuerpo.

Y, según pronuncio estas palabras, sé que he cometido un error. El sonido de mi voz ha delatado mi posición. El tipo comienza a caminar hacia mí.

—Te devolveré tu cuerpo. De verdad, ¡no lo quiero!

El tipo permanece impasible a mis palabras. No creo que quiera recuperar su cuerpo, ni siquiera sé si es realmente su cuerpo. Quizás solo quiera acabar con él. No lo sé, ¿qué importa ya? Va a matarme. Y yo solo puedo pensar en que jamás debí comprar este cuerpo... en que daría cualquier cosa por poder venderlo, por librarme de él.

La recogida va incluida en el precio, recuerdo. Y, de repente, hay esperanza y el instinto de supervivencia regresa a mí. Así que, mientras hago una llamada a través de mi unidad de la Nube, corro para situarme en un espacio abierto. Cuento los segundos, no deberían ser más de sesenta.

Un dron de retirada aparece en el aire. La expresión del tipo se convierte en ira. Sabe lo que voy a hacer. Mi cuerpo, o quizás el suyo, ya lo ha hecho antes.

Dispara. Y el sonido del disparo parece detener el tiempo. La bala recorre los escasos metros que nos separan mientras yo cierro los ojos de este cuerpo que ya no quiero que me

pertenezca, pienso en Aimée... y, de repente, todo se vuelve tan negro como sus ojos cuando la conocí.

Tiene una nueva notificación.

Las palabras iluminan mi unidad de la Nube como si fueran un milagro. La abro de inmediato. La interesada es una mujer, o al menos eso me hace sospechar su nombre. Aunque un nombre en la Nube no significa gran cosa. Acepto, no quiero esperar más. Parece educada, correcta. Saluda y me hace algunas preguntas. Pienso que, en otras circunstancias, aguantaría hasta que apareciera otro comprador, alguien más apropiado, que no despertara mi simpatía como lo hace ella...pero tengo demasiada prisa, no puedo esperar. Necesito salir de este cuerpo con urgencia. Me pregunta que por qué vendo el cuerpo a un precio tan bajo. Le digo que quiero pasar una temporada en la Nube, descansar, cultivar mi mente... que la oferta no durará mucho más tiempo, que tiene que tomar una decisión rápida. Ella duda unos segundos y, después, me da su respuesta.